

El duelo ante la muerte de un hijo: análisis sobre “Agüí, el monstruo del cielo”, de Kenzaburo Oé

MOURNING THE DEATH OF A CHILD: AN ANALYSIS OF KENZABURO OÉ'S
“AGHWE, THE SKY MONSTER”

Nathaly Bernal-Zúñiga*

Resumen: Se analiza el trabajo de duelo de los padres ante la muerte de un hijo desde la teoría psicoanalítica. Se retoma la obra de Kenzaburo Oé “Agüí, el monstruo del cielo”, en particular lo concerniente al personaje de D. Los ejes que dirigen este estudio son el fantasma de Agüí como una forma de simbolizar aquello que D ha perdido tras el fallecimiento del niño y la resignificación de la existencia que este no pudo disfrutar. También se reflexiona sobre la decisión de D de dejar de vivir en el tiempo presente como una forma de identificación con el objeto perdido.

Palabras clave: duelo; melancolía; muerte de un hijo; literatura; psicoanálisis

Abstract: The purpose of this research is to analyze the mourning process of parents after the loss of a child through psychoanalytic theory. To conduct the analysis, Kenzaburo Oé's novel called Aghwee The Sky Monster, will be used, and the character D will be examined to explore this type of mourning. Some axes of analysis include: The ghost of Aghwee as a symbol of what the character D has lost with the child's death, as well to reinterpret the life the child was unable to live. Additionally, the research will explore the reinterpretation of the life the child was unable to live. Furthermore, the character of D's decision not to live in the present will be analyzed as a way of identifying with the lost object.

Keywords: mourning; melancholia; death of a child; literatura; psychoanalysis

* Universidad Michoacana de San
Nicolás de Hidalgo, México
Correo-e: 1220053d@umich.mx
Recibido: 31 de enero de 2025
Aprobado: 13 de marzo de 2025



INTRODUCCIÓN

Tomás Fernández y Elena Tamaro (2004) mencionan que el escritor japonés Kenzaburo Oé aborda, en sus relatos y novelas, temas de la sociedad contemporánea desde un humanismo crítico de entretejido existencialista. Andrés Gómez, por su parte, afirma que su literatura está en gran parte inspirada en su primer hijo Hikari, quien nació con hidrocefalia causada por una hernia cerebral: “los médicos le advirtieron al padre que era una inflamación inusitada, una malformación que ellos nunca habían visto. Era un bebé con apariencia monstruosa” (2023). Tras una cirugía compleja, el niño logró sobrevivir, aunque con secuelas permanentes, como visión limitada, autismo, dificultades físicas y convulsiones epilépticas. Mientras Oé y su esposa buscaban formas de comunicarse con él descubrieron que reaccionaba a los sonidos de los pájaros. Durante tres años, el escritor reprodujo cintas con el sonido de las aves hasta que un día Hikari habló. Más adelante, se reveló su gran habilidad para la música, y Hikari se convirtió en compositor.

Podemos observar la gran influencia que tuvo el acontecimiento del nacimiento y diagnóstico del niño en la escritura de Kenzaburo Oé. En esta investigación retomamos “Agüí, el monstruo del cielo”, que nos permite acercarnos a una versión del duelo por la pérdida de un hijo y lo que ello representa para los padres. Jean Allouch (2011) realiza un estudio del texto en donde pone de relieve que este tipo de duelo se experimenta por la pérdida de un hijo es un duelo “por-lo-que-no-ocurrió”, o también, “por no-se-sabe-qué”, refiriéndose a las posibilidades de lo que pudo haber pasado. Por su parte, Freud (1915), en *De guerra y muerte*, señala que existe una actitud cultural-convencional hacia la muerte; cuando alcanza a alguno de nuestros seres amados, sepultamos junto con él nuestras esperanzas, demandas y goces, quien está de duelo no se deja consolar y se niega a sustituir a la persona que ha perdido.

El asunto del duelo por la muerte de un hijo tiene diversas implicaciones subjetivas para los padres, quienes no solo experimentan la falta de un ser y un cuerpo biológico, sino lo que el fallecido representaba. Cuando ese hijo ha tenido la oportunidad de pasar una vida junto a sus padres, ellos van depositando en él una identidad, expectativas, deseos... En *Introducción del narcisismo*, Freud (1914) declara que la actitud tierna de los progenitores hacia su descendencia viene a ser un renacimiento y reproducción del narcisismo propio, es decir, dentro de este vínculo afectivo esperan que sus hijos sean una continuación de sus sueños y aspiraciones irrealizados. La muerte, entonces, vendría a ser una ruptura respecto esos anhelos depositados.

Araceli Colín explica que existe una diferencia entre los casos donde el niño es mayor y cuando es un recién nacido. En el primero, “hay una historia de años compartida, hay un vínculo efectivo establecido, aspectos que están ausentes [al tratarse] de un recién nacido” (2005: 150). Al respecto, Allouch menciona que este incumplimiento “es aquello por lo cual el superviviente se relaciona en primer lugar con la muerte de quien le era cercano” (2011: 366), y continúa diciendo que el tiempo del duelo será un plazo para comprender y concluir que esa vida se cumplió y en qué medida.

MÉTODO

Dentro de la presente investigación se analiza el duelo de los padres ante la pérdida de un hijo planteada por Kenzaburo Oé en “Agüí, el monstruo del cielo” a partir de la teoría psicoanalítica. De esta forma, se establecen los rasgos que caracterizan el particular proceso de personaje.

Se hace énfasis en autores que han abordado el tema. El primer concepto al que recurrimos es de Freud, quien, en *Duelo y melancolía*, define

el duelo como “la reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción que haga sus veces, como la patria, la libertad, un ideal, etc.” (1917: 241).

Del mismo modo, se retoma el estudio de Jean Allouch sobre “Agüí, el monstruo del cielo”, considerando que para dicho autor la obra pone de relieve que “quien está de duelo es habitado por el ser que ha perdido” (2011: 333), es decir, a lo largo del relato D es habitado por el niño fallecido, de tal manera que deja de lado su propia existencia. Además, para Allouch, “el duelo pone en juego lo cumplido y lo incumplido que haya tenido la vida que acaba de terminar” (2011: 335), y justo esa existencia que no se pudo realizar (la de Agüí) juega un papel importante en la historia y duelo del personaje.

ANÁLISIS

La historia es contada diez años después de lo ocurrido por un narrador cuyo nombre no es revelado en el relato, solo se sabe que tenía 18 años cuando sucedieron los acontecimientos, era estudiante de la universidad y buscaba un trabajo eventual. Fue contratado por un banquero para acompañar a su hijo en las salidas que este hacía a la ciudad. De él solo conocemos la inicial de su nombre, D. Parece que D es habitado por su hijo fallecido, esto se confirma cuando el banquero cuenta: “últimamente mi hijo se siente poseído por un monstruo semejante. Ha abandonado su trabajo y se ha recludo” (59).¹ Al respecto, Freud afirma que “el duelo trae consigo graves desviaciones de la conducta normal en la vida, nunca se nos ocurre considerarlo un estado patológico ni remitirlo al médico para su tratamiento” (1917: 241-242). Llama la atención que a pesar de lo que le ocurre a D no es medicado o recludo

en ningún centro, solo se contrata a alguien que cumpla la función de ser su acompañante mientras él transita la pérdida. La desviación de su conducta se muestra al tener esta visión monstruosa e interactuar con ella.

Más adelante también se nos revela que D era un compositor de vanguardia que había sido galardonado con varios premios en Francia e Italia; tras perder a su hijo recién nacido se divorció de su esposa y mantenía relaciones con una actriz. Con aquella muerte no solo perdió a su bebé, sino que abandonó su trabajo, el éxito y reconocimiento que le proporcionaba, además del vínculo con su esposa y con su amante. Julia Kristeva señala al respecto que existen dos reacciones ante la pérdida de la Cosa (entendida esta como algo indeterminado, que es inaprehensible): “el depresivo persigue aventuras y amores siempre decepcionantes, o bien se encierra, inconsolable y afásico, frente a frente con la Cosa” (1997: 17). Esto nos permite pensar la pérdida del bebé como inaprehensible para D en tanto que ese hijo no tuvo la oportunidad de construir una vida, ni siquiera hubo tiempo suficiente para darle un nombre. Cómo hacer el duelo por algo que no ocurrió, por dicha imposibilidad. Tal parece que D se deja poseer por el monstruo de sus visiones y se aleja de la existencia que construyó para sí.

En cuanto al monstruo, es descrito por la enfermera encargada de cuidar a D de la siguiente forma: “Según dice, es un bebé enorme vestido con una camiseta blanca de algodón, muy gordo, grande como un canguro... que baja del cielo. Dice que esa criatura monstruosa tiene un miedo terrible de los perros y la policía. Y que se llama Agüí” (73). Agüí vendría a representar ese objeto amado que el hombre desea retener. Freud (1917) menciona que el trabajo de duelo consiste en un examen de realidad que muestra que ese objeto ha dejado de existir, y se exhorta a quitar toda libido de sus enlaces con dicho objeto, pero esto no se logra de buena gana, ya que el sujeto se niega a abandonar una posición libidinal. Para

1 Todas las citas pertenecientes a “Agüí, el monstruo del cielo”, corresponden a Oé (1995), por lo cual solo se anota el número de página.

el psicoanalista, “esa renuencia puede alcanzar tal intensidad que produzca un extrañamiento de la realidad y una retención del objeto por vía de una psicosis alucinatoria de deseo” (Freud, 1917: 242). Es interesante observar que el hijo de D no tuvo un nombre, mientras que el fantasma sí.

Darle el nombre de Agüí al fantasma no fue un acto azaroso, ya que desde su nacimiento hasta el momento de su muerte lo único que el bebé pronunció fue esta palabra. Al llegar al mundo, el pequeño tenía una protuberancia en el cráneo y fue mal diagnosticado por un médico que creyó que se trataba de una hernia cerebral. D, al saber esto y tras consultar con el doctor, “hizo matar al niño” (75), dándole agua azucarada en lugar de leche, haciendo oídos sordos a sus llantos. Tras realizarle la autopsia, se reveló que se trataba de un tumor benigno. El shock por la noticia desencadenó las visiones de D. Con esto como antecedente podemos pensar que “deviene desaforado el duelo por una pérdida cuya herida es igual de desmesurada y todo lo que circunda, tan desmedida como la pérdida que a uno lo ha perdido y para la cual no hay resignación ni resignificación posible” (Orozco Guzmán, 2012: 177). Es viable plantear la imposibilidad de una resignación ante esta muerte en tanto que fue una “pérdida a secas” (Allouch, 2011: 333), tanto que el bebé falleció sin un nombre, sin ser visto ni abrazado por su madre (no sabemos de la interacción de D con él).

Podemos pensar que D busca resignificar la vida incumplida de su hijo en ese monstruo del cielo llamado Agüí. El personaje relata que ha dejado de habitar en el tiempo presente, como si fuese un viajero del tiempo, y por lo tanto debe obedecer ciertas reglas y no hacer nada en absoluto, evitando con ello dejar el más mínimo rastro de su paso por el mundo. Con ello se muestra que D pierde el interés por la realidad exterior. En palabras de Freud (1917), el duelo pesadoso origina que el doliente no preste atención más que al objeto perdido y todo lo que recuerde al muerto, con lo cual se entrega incondicionalmente a

la aflicción. Por su parte, Kristeva afirma que el melancólico habita una temporalidad descentrada que no gobierna un antes/después que dirija el pasado hacia una meta futura, arrebatando todo horizonte y perspectiva, eliminando cualquier porvenir posible (1997: 55). D no vislumbra un mañana e intenta desprenderse de su pasado cuando toma todas sus partituras y les prende fuego, evita mantener todo tipo de contacto con las personas y cuida no dejar ningún rastro de su existencia.

La resignificación que D deposita en Agüí se muestra cuando la actriz de cine explica que “si en toda clase de lugares, a lo largo y lo ancho de Tokio, llama a su bebé fantasma para hacerlo bajar a la tierra, es porque quiere proporcionarle todos los recuerdos posibles para que viva contento la eternidad” (81). Vemos entonces el papel central que juega lo incumplido, “lo-que-no-ocurrió” (Allouch, 2011: 335). D busca con ello dar sentido a esa existencia que se vio interrumpida abruptamente por un diagnóstico equivocado, que obturó su horizonte de posibilidades. ¿Cómo hacer duelo por una vida que no tuvo la oportunidad de ser vivida? Para Allouch, “cuanto menos haya vivido el que acaba de morir según el enlutado, cuanto más su vida haya seguido siendo para este último una vida en potencia (Aristóteles), más espantoso será su duelo, más será la convocatoria de lo simbólico” (2011: 362). Crearle recuerdos a Agüí también es una forma de hacer que su hijo deje un registro, una huella.

Una vez que D ha logrado darle un nuevo valor a la pérdida al crearle recuerdos a Agüí, se nos muestra el desenlace de la historia. El narrador cuenta que en Nochebuena, durante uno de sus paseos a Ginza, mientras esperaban el cambio de semáforo para cruzar la calle, D levanta la mirada. La escena parecía indicar que Agüí había descendido del cielo, cuando repentinamente “D lanzó un grito y, extendiendo sus manos como si quisiera socorrer a alguien, se precipitó en medio de los camiones, que inmediatamente lo arrollaron y lo derribaron al suelo” (91). Mientras esto

sucede, un desconocido, con voz temblorosa, asegura que ha sido un suicidio, aunque no lo sabremos con certeza. Lo acontecido remite a las reflexiones de Darian Leader sobre la melancolía: “el yo es totalmente tragado en una identificación con la pérdida de la persona amada. Pero en sentido general siempre nos identificamos con las personas que hemos perdido” (2011: 50). Leader subraya la importancia de prestar atención a estas identificaciones porque pueden cegar al paciente y llevarlo a renunciar poco a poco a la voluntad de vivir, poniéndolo en peligro de cometer suicidio. Podemos observar esto en D cuando decide cambiar su existencia por darle la posibilidad de existir a Agüí mediante la construcción de recuerdos. D se identifica con el hijo que ha muerto, de tal manera que se priva de sus experiencias cotidianas y, finalmente, de la vida.

CONCLUSIÓN

Se pone de relieve cómo ante la muerte del hijo de D se pone fin a una promesa, una vida en potencia y las posibilidades que con ella vendrían (Allouch, 2011). El duelo del personaje es por lo incumplido de esa existencia perdida de manera abrupta. Esta muerte aparece como algo que no puede ser simbolizado por D, es decir, hay *algo* en la pérdida que no puede pasar por el registro de lo simbólico. Freud (1917) señala, al respecto de la melancolía, que el deudo sabe a quién perdió, pero no da cuenta de lo que ha perdido en él, este objeto de gran valor se instaura como una falta. No es de sorprender entonces que D sea poseído por el fantasma del niño, porque, como menciona Orozco Guzmán, “los fantasmas surgen en los tiempos abiertos de las expectativas y los recuerdos del ser amado que ha muerto, aparecen en los tiempos jamás clausurados por completo del dolor, del duelo y la melancolía” (2012: 178). Agüí surge de la revelación dolorosa producida por un diagnóstico equivocado, su fantasma

le permite a D simbolizar esa pérdida, aunque se identifique con aquello que perdió, lo que lo conduce al ‘suicidio’ ante la imposibilidad de apaciguar su duelo.

REFERENCIAS

- Allouch, Jean (2011), *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca*, Buenos Aires, Cuenco de Plata.
- Colín, Araceli (2005), *Antropología y psicoanálisis. Un diálogo posible a propósito del duelo por un hijo en Malinalco*, México, Universidad Autónoma del Estado de México.
- Fernández, Tomas y Elena Tamaro (2004), “Kenzaburo Oé”, en *Biografías y vidas. La enciclopedia biográfica en línea*, disponible en: <https://www.biografiasyvidas.com/biografia/o/oe.htm>
- Freud, Sigmund (1914), *Introducción del narcisismo*, en *Obras Completas XIV*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Freud, Sigmund (1915), *De guerra y muerte. Temas de actualidad y otros textos*, en *Obras completas XIV*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Freud, Sigmund (1917), *Duelo y melancolía*, en *Obras completas XIV*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Gómez, Andrés (2023), “Hikari Oé, el prodigioso niño que aprendió el lenguaje de los pájaros” en *La Tercera*, 19 de marzo de 2023, Santiago de Chile, disponible en: <https://www.latercera.com/la-tercera-domingo/noticia/hikari-oe-el-prodigioso-nino-que-aprendio-el-lenguaje-de-los-pajaros/QY7LS3YQQRBTL2BVOH5A7LB4/>
- Kristeva, Julia (1997), *Sol negro. Depresión y melancolía*, Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- Leader, Darian (2011), *La moda negra. Duelo, melancolía y depresión*, México, Sexto Piso.
- Oé, Kenzaburo (1995), “Agüí, el monstruo del cielo”, en *Dinos cómo sobrevivir a nuestra locura*, Barcelona, Anagrama.
- Orozco Guzmán, Mario (2012), “Los fantasmas: producto de la suspensión del duelo”, en Mario Orozco Guzmán, Flor María Gamboa Solís, David Pavón Cuellar et al., *Configuraciones psicoanalíticas sobre espectros y fantasmas*, México, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, pp. 173-212.

NATHALY BERNAL ZÚNIGA. Licenciada en Psicología por la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (UMSNH), México. Estudiante del psicoanálisis con interés también por la literatura y la lingüística.



Al son de Calimaya (2025). Fotografía: Hugo Sánchez-Martínez.
Prohibida su reproducción en obras derivadas.